

# Paul Morand, una negra mirada a nuestro continente

Desde Norteamérica hasta Malasia, he sido huésped de cientos de pueblos, cada uno de los cuales se cree el centro del mundo.

PAUL MORAND

*H*

ace exactamente setenta años, Paul Morand, viajero, hombre de letras y diplomático francés, se embarcó en el Flandes con rumbo a nuestras tierras. Este viaje habría de ser la fuente de *Hiver Caraïbe*, un pequeño cuaderno de viajes. Hace unas semanas emprendí la lectura de ese anecdótico librito firmado por un autor que, si bien en algún remoto pasado gozó de cierta fama y reconocimiento, hoy se encuentra sumido en un desconocimiento casi unánime. En efecto, en su tiempo, *Hiver Caraïbe* fue incluso objeto de una reseña de Torres Bodet, publicada en la revista *Contemporáneos* (Torres Bodet, s. f.: 262-268).

El mexicano escribe, de hecho, acerca de dos experiencias de viaje y de literatura: una es *Histoire de Paola Ferrani*, de Jacques de Lacretelle; la otra, *Hiver Caraïbe*, de Morand. En el párrafo inicial de su reseña, Bodet declara que se trata de dos "espíritus contemporáneos de diferente calidad y muy opuestos métodos". Del primero, el poeta y crítico admite el "relativo éxito"; en cuanto a Paul Morand, considera que *Hiver Caraïbe* es un "error lamentable" (Torres Bodet, s. f.: 262).

Por mi parte, sólo me ocupo de Morand. ¿Qué nos dice un libro francés de viajes acerca de nosotros, los que vivimos de este lado del mar? ¿Desde qué horizonte nos mira Morand? ¿Nos mira con la profundidad pausada y grave

del viajero o con la ignorancia y el impune desparpajo del turista? ¿Se debe leer a Morand desde un mundo castrado por las necesidades de la *political correctness* o desde la descarada impropiedad de quien ve y dice las cosas del color que las mira? Son éstas algunas de las preguntas para las cuales quiero esbozar una respuesta tentativa.

**Con rumbo a América.** Morand comienza su viaje un 9 de noviembre de 1927. Sale de París con rumbo a Marsella, para tomar la nave que habrá de llevarlo a tierras americanas. Durante la misma travesía, el escritor entra en contacto con un mundo que no siempre le resulta grato. En el Flandes, la sonora lengua española es el ruido más aborrecible a los sensibles oídos de Morand: “Lo más feo que Dios hizo en el mundo es la voz de los españoles” (Morand, 1991: 22).<sup>1</sup> Muchos de estos ibéricos de tan detestable voz son curas que intentan ingresar, disfrazados, en un México convulso por una encarnizada persecución religiosa. Por su parte, Morand no parece muy enterado de guerra intestina alguna, ya que sólo se limita a soñar con “los venideros países soleados, con las piñas y la languidez, dominadas por volcanes nevados con nombres impronunciables” (p. 23).

**Negro, negro, negro.** Nadie ha visto tanto el color negro como

Paul Morand. Negros son los isleños del Caribe; negra, la tierra de América; negros, los árboles; negro, negro; negro, por todas partes. En su travesía de doce días, sin escalas, el europeo no deja de ver el color negro por doquier: negros que regatean, burócratas negros del gobierno francés, que viajan a expensas del erario, exigentes como si el viaje corriera por cuenta de sus propios bolsillos, y que, para colmo, alejan a los viajeros de La Habana, de Venezuela y de Colombia, ya que éstos prefieren viajar en barcos holandeses ante la horrible posibilidad de verse, señala Morand, “confundidos con negros” (p. 29).

Morand ve negros cuyo color se exagera cuando se paran junto al casco del portentoso navío francés. Negros son también las piedras y los cerdos de los trópicos (p. 37). Si digo que en Morand hay una marcada obsesión por ver el color negro en todo resquicio de nuestro “mundo tropical”, no logro describir con justicia su peculiar monomanía; obsesión en la que muchos habrán de leer, con razón, un impúdico racismo: “[...] el viejo fuerte hecho de piedras *negras*, algunos suboficiales *negros*” (p. 38). “No hay más que un gato *negro* sobre el barco.”; “Admirable avance de todas esas *negras*” (p. 39). “[...] con su ofrenda de polvo *negro*. Tan *negra*, que hasta sus cuerpos se ven claros en comparación” (p. 40). “Siempre se es el *negro* de alguien” (p. 44).<sup>2</sup> Y así, por muchas páginas más...

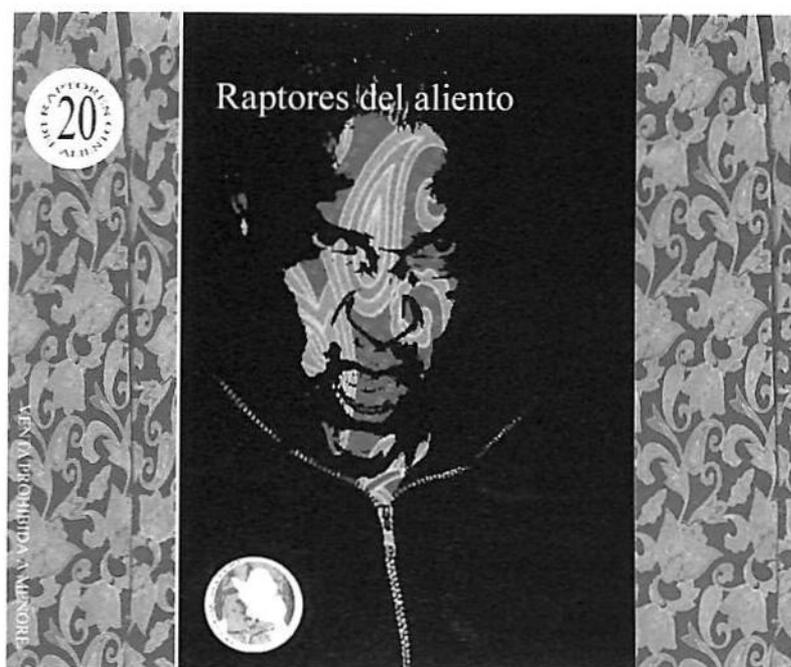
En ocasiones, Morand lamenta la circunstancia miserable de muchos lugareños, provocada por la cruel combinación de dos terribles realidades: la pobreza y la condición racial. Así, en una parte de su relato menciona que a la pobreza inherente del obrero habría que sumar la desgracia de ser negro, lo cual eleva la miseria a un grado mayor:

Un hombre al que ninguna ley protege, víctima de usureros, carne de cañón de los ejércitos: eso es el trabajador negro y, de manera más general, el proletariado de color. De tal modo, que en lugar de llamar a uno y a otro obreros, sería conveniente, debido a la diferencia de sus suertes, encontrar una palabra nueva para designarlos. Mientras tanto, podemos afirmar que, frente a los pueblos de color, los blancos, todos los blancos, incluso los más miserables, forman una aristocracia privilegiada. (pp. 43-44)

**Un ojo muy francés.** Tal vez el mundo de Morand era un lugar de mayor laxitud adjetival, de mayor libertad enunciativa. Quisiera pensar que era posible señalar el color de los otros sin que en esto

1 Empleo la siguiente edición: Paul Morand (1991), *Hiver Caraïbe*, Flammarion, París; de cuyas citas, a partir de aquí sólo señalaré las páginas. Todos los pasajes citados fueron traducidos a título personal.

2 Las cursivas son mías.



Israel Sierra, *Autorretrato*, Serie: Raptores del aliento, impresión digital, 17.1 × 8.3 cm, 2004.

se viera una injuriosa afrenta o una artera cachetada racista. Morand llama negros a los otros, y emplea las dos palabras que para ello usa la lengua francesa, *noir* y  *nègre*, sin detenerse en peculiares y consabidos matices semánticos, y simplemente en virtud del efecto cromático resultante de la interacción entre la piel, la luz y la función ocular humana. Morand no hace sino lanzar la mirada ante el paisaje y ver las cosas desde su limitada parcela como sujeto, es decir, como europeo, como francés, como burgués, como blanco, como extraño...

El ojo de Morand se detiene en las cosas pequeñas: en el ruido proveniente de las calles de Caracas, en los pescados polícromos de México, en el colorido de la ropa de las negras. Sin embargo, no hay en él fuga ni pausada evasión; no hay salida de sí mismo y encuentro con el otro. Hay, por el contrario, complacencia en los senderos conocidos y una valoración excesiva de lo propio en menoscabo de lo ajeno. El viaje de Morand no abre interrogantes, sólo corrobora, en una suerte de silogismo turístico, el mismo y verísimo lugar del que se parte. Jasón, Ulises y Gilgamesh con Enkidú realizan viajes, pero al volver de éstos son otros. Si en los mitos el sujeto que retorna de un viaje nunca es el mismo que quien lo emprendió, en el caso de Morand no sólo no hay transformación alguna del viajero, sino que aparece una versión, con mayor kilometraje, de sí mismo.

Morand viaja en barco y en auto, pero pareciera que viajara en rayo. El suyo es el periplo de vuelo rápido, estratosférico, en el que por fuerza ha de perderse todo contorno neto. Lo más sorprendente

del relato de Morand es que no muestra nunca su faceta de viajero, sino de turista, y lo hace incluso décadas antes de la invención del turismo de masas, del *jet* transportador de hordas que recorren el mundo en quince días, cámara en mano, contenidas en una suerte de burbuja deambulatoria, a salvo de todo cuestionamiento que socave sus juicios y enfrascadas en derrotar al resto de la especie humana en un juego llamado "*been there, seen that*". En este sentido, vienen al caso las palabras de John Ruskin, citado por Alain de Botton, quien deplora amargamente el surgimiento de los viajes organizados por Thomas Cook en los cuales el viajero recorre Europa en tren durante sólo siete días:

No habrá cambio de lugar a 160 kilómetros por hora capaz de incrementar un ápice nuestra fortaleza, nuestra felicidad o nuestra sabiduría [...] las cosas realmente valiosas son cuestión de visión y de pensamiento, no de velocidad. No hace buena la bala su rápido avance, ni desmerece al verdadero hombre su ritmo lento, pues su gloria no reside en absoluto en su andar sino en su ser.

(De Botton, 2003: 282)

**Pangloss navega de nuevo.** Es ya camino trillado afirmar que lo propio del viajero es el regocijo del descubrimiento. Mientras el viajero ejecuta un profundo acto de submarinismo,

el turista se da un simple remojón. Sin embargo, ambos se arrojan al agua desde un trampolín, nunca marginal, que actúa como una ineludible presencia capaz de predeterminedar la trayectoria y las honduras, la amplitud o la estrechez del trayecto.

Así, pues, al reflexionar un poco se cae en la cuenta de que toda exitosa evasión se da siempre desde un punto de partida. El viaje de Morand, no obstante, comienza desde el propio Morand y acaba en él, en sus prejuicios, fobias, adicciones, afectos y en su manifiesta propensión al ninguneo. El librito de Morand resulta ser una especie de cuaderno de viaje, pero de un recorrido que el viajero tal vez nunca quiso emprender, pues a lo largo de muchas páginas no se percibe el menor interés por el encuentro con la otra cultura. Por su parte, Torres Bodet nos dice: "No se entrega nunca, no ama nunca" (Bodet, s. f.: 264).

El horizonte de Morand se inscribe en una visión —francesa— de lo "exótico", a la que pertenece, con sus respectivas distancias y acercamientos, gente como Pierre Loti o Merimée, entre otras almas que se han aventurado en el más remoto "exotismo", es decir, en la construcción de un imaginario que sólo existe en la cabeza de quien viaja.

Morand va en busca de ese mismo exotismo, y le va bien el adjetivo *panglossiano*, proveniente del célebre personaje del *Cándido* de Voltaire. Obsesionado

por una lectura del mundo que para nada contradiga los esquemas y juicios anticipados con los cuales se lanza la mirada, el sabio Pangloss no permite que nada escape al estrecho esquema conceptual y epistemológico con que viaja por el mundo. Si algo queda al margen, se apresura a encontrar razones que obliguen a que las cosas se inserten perfectamente en un cuadro creado por él mismo: "Nótese que las narices se hicieron para llevar anteojos, y por eso nos ponemos anteojos; las piernas notoriamente para las calcetas, y por eso se traen calcetas; las piedras para sacarlas de la cantera y hacer quintas [...] y como los marranos nacieron para que se los coman, todo el año comemos tocino" (Voltaire, 1997: 3).

Pangloss nunca se despoja de su armazón cognitivo porque ni siquiera tiene conciencia de estar atado a esquema alguno; con esto, la visión del mundo queda a tal punto preñada de ideas preconcebidas que en ella se diluyen el mundo y todas sus cosas, y se hace de toda tierra lo que venga en gana depositarle. Así, los "exóticos" nunca logran hablar por sí solos y acerca de sí mismos en medio de la batahola de turistas, misioneros, comerciantes y aventureros de todo pelo, que desembarcan en tierras egipcias, turcas o americanas. En esta idea de lo exótico va imbricada una enorme carga ideológica, proveniente de una visión panglossiana del mundo.

Morand, aunque bien ya comenzado el siglo XX, viaja en el mismo barco que Pangloss. El de Morand es un caso de antropocentrismo crónico, lo cual de ningún modo lo singulariza o exime. En su favor, podría decirse que no hay forma de escapar de nosotros mismos: somos siempre el centro; nuestros viajes son relativos a nuestro punto de partida; no hay evasión que no esté marcada por el punto de arranque de nuestro camino.

Es cierto que viajar debiera ser arrojarse a nuevos espacios, salir de sí para encontrarse (o mejor dicho, perderse) con lo otro; tal vez en esto, más que en el vértigo de la carrera, yace la diferencia sustancial entre el viajero y el turista. Así, bastaría un instante para el traslado absoluto, para arrancarnos de nuestros sillones y acudir a la azarosa cita con otras realidades, con las incontables caras de los muchos otros, bajo la condición de que exista una voluntad de encuentro y no un esfuerzo de reivindicación de lo propio. En efecto, para Morand, Francia es un palacio. Lamentablemente, la vista que ofrece el palacio está limitada por la propia ceguera del huésped...

**Por todos lados, Francia.** Aunque Morand sale a ver el mundo, lo que continúa viendo, lo quiera o no, es Francia. Ve Francia incluso como una explícita ausencia. Al colocar su país frente a las desgracias del subdesarrollo, de las colonias en medio

de desiertos y de junglas impenetrables, Morand dice que "Francia es un palacio" (p. 45).

Morand desembarca en Caracas, pero es como si estuviese en París. Su tierra está presente en todo el paisaje: detrás de las piñas, de los volcanes de nombre impronunciable, de los monumentos y calles polvorientas. Francia es una presencia de la que Morand no logra desprenderse, como si se tratara de una vejiga natatoria, de un cordón que lo atara con la tierra natal, aun en las antípodas de ésta. Todo lo bueno y lo malo del paisaje se mira con los anteojos tricolores del paseante. Si algo es bueno, lo es en virtud de su origen francés o de su parecido con algún producto de la excelsa patria; si algo es malo, se debe a su enorme falta de identidad gala: "La carretera que nos llevará mil metros más alto, a Caracas, es una obra maestra técnica. Revela, por su perfección, al estudiante destacado de la Escuela de Caminos y Puentes; en efecto, la construyó un francés" (p. 55).

De Venezuela, Morand encomia el estilo indio y bárbaro de las edificaciones y el caótico atractivo visual de los anuncios. Ante los ojos de Morand, Venezuela es el país del mestizaje a ultranza, en el que toda clase de fenómeno combinatorio desafía las rígidas leyes de la herencia. Como un Marco Polo del siglo XX, el francés acude a las tipologías que le resultan familiares para definir el mundo y las cosas de una extraña tierra sudamericana: "Según me dicen, en Venezuela reina el mestizaje. Hasta los animales forman combinaciones que resultan desconocidas a la naturaleza. Los perros parecen hipogrifos; los caballos, asnos; los asnos, peces y los peces, panteras" (p. 56).

Así, lo "exótico" se remite al archivo de las cosas conocidas; con ello se evita la desorientación. Lo extraño se domestica para que resulte familiar y cercano. Venezuela es grata a la vista de Morand; esto se debe, además a la proverbial belleza de sus mujeres, a la idiosincrasia del venezolano y a su gusto por la refinadísima cultura gala: "El venezolano es, generalmente, francófilo. Toda familia rica conserva un departamento en París, a donde va cada año a hacer sus compras. Francia no presenta ninguno de los inconvenientes de los Estados Unidos; no es amenazadora y se muestra con sus risueñas facetas del placer y del lujo" (p. 57).

**Eugenesia turística.** Mal comienza uno a imaginar que, después de todo, este viajero francés cruza el océano con el fin de "perdersé" en una realidad ajena a la suya, de socavar toda convicción prejuiciosa, de buscarse entre los otros, apartándose de lo anodino y trivial, cuando nos asaltan pasajes insignificantes no sólo por su falta de valor literario, también por su contenido denodadamente racista.

Como lector de *Hiver Caraïbe*, traté ingenuamente de emprender mi propio viaje sin proferir juicios ni adelantar conclusiones; quise creer que este o aquel pasaje no acusaban un racismo descarado. Pero no me fue posible: Morand me asaltó con lacerantes reflexiones en torno a conceptos como "pureza", aplicada a asuntos de raza y pueblo. El escritor se manifiesta convencido de que la naturaleza es poseedora de un plan maestro cuyo objeto es anular, al cabo de algunas generaciones, los resultados de toda hibridación para, así, retornar a la limpidez rediviva que caracterizaba a las partes antes de las injurias de la mezcolanza. De tal suerte, Morand expresa que no es posible visitar una universidad de negros [*sic*] en Estados Unidos sin ver los engendros resultantes de un horrible mestizaje: "[...] esas almas consumidas por deseos contradictorios, esos cuerpos en los que se han socavado todas las proporciones, violadas por el combate entre dos herencias, sin sufrir una especie de piedad angustiosa, mezclada con repulsión, que inspiran las anomalías humanas" (p. 49).

Además, para que no quede duda de su erudición en materia genética, el viajante francés propone, al admirar la inmaculada estirpe de Sudán (cuyas prístinas féminas no experimentan el menor interés por el atractivo físico de los varones europeos), una interesante aunque arriesgada hipótesis acerca del

desarrollo y la evolución de nuestra especie: “Podría decirse que la humanidad está regida por dos grandes leyes de gravitación sexual: en una, el hombre multiplica ciegamente la raza; en la otra, la mujer la fija de forma selectiva” (p. 49).

Un momento después, los pasos de Morand lo conducen a Curazao, donde la abigarrada confluencia de pueblos y razas, aunada al barullo de mil lenguas, le hacen entrever —enfascado en un delirio mercantil— un tipo de tianguis global cuyo primer efecto consistirá en erradicar todo vestigio de raza: “Es una suerte de prefiguración de la humanidad futura, en la que la gente ya no será amarilla, blanca o negra, sino que estará completamente cruzada, ocupada en venderse cosas” (p. 61).

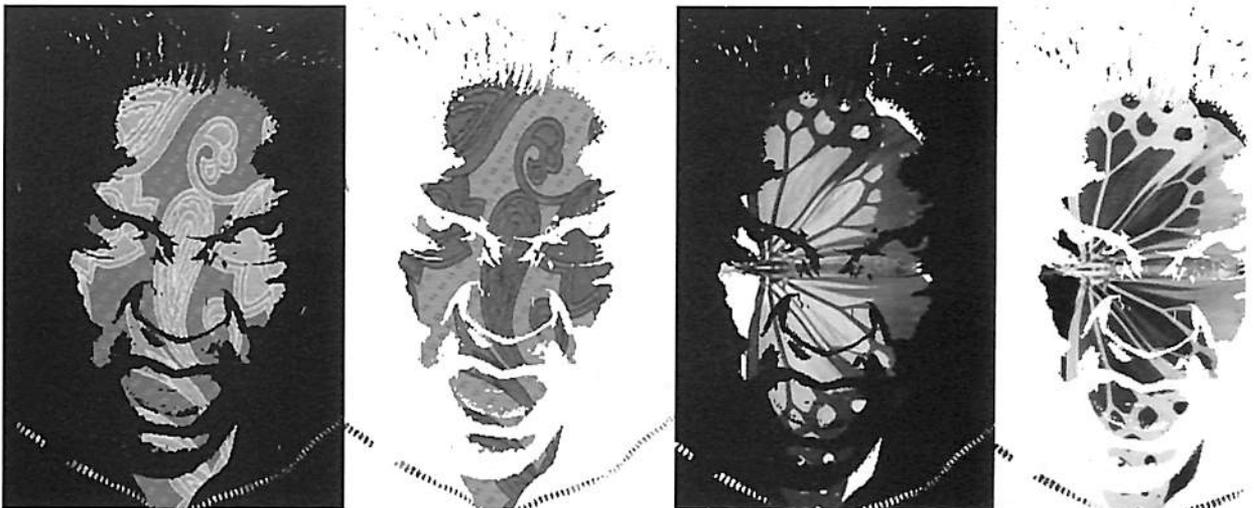
En efecto, lo primero que deberá desaparecer según Morand es el color de la piel de las personas. En Haití, el presidente Borno, hijo del mestizaje, se ofende por una frase del visitante francés escrita en *Rien que la terre*: “La era del sucio

mestizo”. Sin embargo, lo que en realidad escribió Morand fue: “La era sucia del mestizo”. Sutileza semántica que dudosamente libra al escritor del lodo racista en el que se metió. Por ello, la defensa de Morand no puede ser más que cromática: “El negro es tan hermoso como el blanco: lo feo es el gris” (p. 69). Ahí mismo, en Haití, Morand es invitado a una cena en el club de tenis; no obstante, se lamenta de haber viajado desde tan lejos para asistir a un convivio que no tiene “nada de exótico”, y señala que por lo menos en este caso sus anfitriones son “simpáticos negros de piel muy clara” (p. 71).

Morand aprovecha para realizar una “sesuda” disquisición acerca de raza y destino. El resultado es un determinismo cuya adjetivación de absurdo no alcanzaría a describir su flagrante estulticia. Morand cita un texto titulado *Linégalité de races humaines* para señalar, de forma contundente, que la “naturaleza negra [sic]” se presta a la esclavitud y exige que se le infunda temor y se le someta: “Por esa razón, todas las civilizaciones teñidas de sangre negra requieren el despotismo” (p. 74).

Ahora bien, que no se diga que el racismo de Morand, por momentos, no se ve neutralizado por su “enorme capacidad de asombro”. Así, no concibe que las mujeres blancas no atraigan a los negros, de quienes se expresa en estos “generosos” términos: “Nunca me han parecido esos sátiros, esos gorilas, de los que hablan los periódicos de Estados Unidos” (p. 88).

Por último, como muchos acendrados racistas, Morand ve la paja en el ojo ajeno; se da el lujo de hablar de “razas primitivas” (p. 84), pero se indigna ante la aberrante actitud de algunos blancos, como se aprecia en este pasaje: “Cortesía oficial que no logra ocultar el desprecio total, profundo e implacable de ese alto funcionario estadounidense [sic] por la gente de color” (p. 81). Así concluyo esta negra parte del viaje de Morand.





**En el cuerno de la abundancia.** Por fin, Morand llega a México. La belleza del paisaje veracruzano lo deja boquiabierto, y admite que se trata de una belleza “para la cual ningún anuncio turístico lo habría preparado” (p. 136). Las primeras impresiones que el francés tiene de México son la pureza de la luz y de un entorno que le sugiere la imposibilidad de que México albergue nada abyecto. Para el francés, con justa razón, México tiene la forma de un cuerno de la abundancia. Morand se adelanta a José Alfredo y a eso de que “la vida no vale nada”, al colegir la paradoja que hace de la riqueza misma del país la repetida causa de sus males: “México, donde los metales preciosos y la vida humana carecen de valor y cuya riqueza ha sido siempre la causa de su desgracia” (p. 144).

Morand tiene la envidiable fortuna de contar nada menos que con Genaro Estrado como guía, de quien tiene a bien señalar: “No es el latino afectado, ansioso por demostrar que conoce París; es simplemente un hombre culto, sensible, ávido de ideas, que ordena libros de Francia como otros ordenarían los más deliciosos frutos de algún país” (p. 145). Así, pues, acompañado por un guía de gran envergadura intelectual, Morand satisface su apetito visual por el exotismo lujuriente: mangos, pescado de todo tipo, rábanos, mazorcas gigantes, plátanos rojos y piñas de dos centavos, enormes sombreros de paja y monturas olorosas desfilan ante su mirada atónita. Sus esquemas libresco quedan de sobra colmados ante la *realidad* del país: “Toda la vieja España picaresca, que ya no existe en Europa, la encuentro aquí” (p. 149). Ahora que, en contraste con el español de la madre patria, horrendo en las rasposas voces peninsulares, el nuestro —para Morand— alcanza excelsas alturas literarias sólo equiparables con las del Siglo de Oro: “Lo que todas estas personas hablan es el hermoso español de Cervantes, no es la lengua bastarda de Sudamérica, sino el mejor castellano de este

continente, apenas enriquecido con las graciosas metáforas de los indígenas” (p. 150).

**Xochipilli y Baco.** Retrocediendo un poco en el recorrido de Morand, vale decir que a éste, cuando llega a la aduana en Veracruz, le asalta el recuerdo de Rousseau, el gran pintor *naïf* que, además de haber sido aduanero, realizó un recorrido por nuestras ingenuas tierras. En este sentido, Alain de Botton menciona la explosión del número de visitantes a las islas británicas después de que los artistas comenzaron a pintarlas; en esto se destaca la idea de que seguimos los pasos de los artistas y vemos las cosas y los lugares a través de sus diestros ojos; así, pues, sólo viajamos una vez que los artistas lo han hecho por nosotros: “Nada más comenzar ese proceso tuvo lugar una explosión del número de viajantes por las islas [...] una historia que parece corroborar a la perfección la tesis de que tendemos a explorar los rincones del mundo sólo una vez que los



artistas los han pintado y han escrito sobre ellos" (Voltaire, 1997: 270); y esto nos ha dejado una suerte de impronta visual que hace que tratemos de acomodar el paisaje *real* en el estrecho margen del cuadro ideal, exótico, que los artistas nos han legado. Más tarde, frente a los murales de Diego Rivera, Morand declara sin empacho: "Negros obreros y cuerpos de piel rojiza en vestidos de deslumbrante blancura —cuadros *naïf* que en este momento tal vez no tienen igual en Europa" (p. 151).

Morand ve las cosas según el tamaño de su mirada y ésta suele ser el resultado de previas miradas superpuestas. Ahora, lejos de trazar diferencias cromáticas y raciales entre los seres del mundo, Morand esboza similitudes y correspondencias: Los monos de Rivera son el más puro *naïf*, nuestras ruinas del sur son hermanas de Angkor Wat; Morand ve en México la confluencia de todas las geografías, desde la Polinesia, pasando por la antigua China, Babilonia, la India y, de refilón, hasta la Roma clásica. Todo lo que Morand ve lo remite a otra cosa: Xochipilli es un Baco de basalto rojo, con la misma gracia de una pieza de Maillol o de Carpeaux; la piedra de los sacrificios, hecha por encargo del mismísimo rey Tizoc, es una suerte de columna trajana; Puebla es la Roma mexicana. Todas las latitudes y todos los tiempos confluyen en ese país, síntesis omnimoda, llamado México. Por eso, Morand pregunta encima de una pirámide: "¿En qué tiempo estamos aquí?".

En los tiempos y en los horizontes que Morand quiere ver, a diferencia de un Montaigne, abierto a las oportunidades implícitas en todo viaje, o de un Proust, que aseguraba que viajar era ver con nuevos ojos, este viajero no descubre, sólo corrobora; no aprende, censura; tampoco escribe: el libro es poco más que una postal y mucho menos que un cuaderno de viaje, lo cual no hace sino darle la razón a Torres Bodet, en el sentido de que el francés debió viajar más para escribir menos. LC

#### BIBLIOGRAFÍA

- De Botton, Alain (2003), *El arte de viajar, cómo ser más feliz viajando*, Santillana.  
 Torres Bodet, Jaime [s. f.], "Apuntes sobre dos libros de viaje". *Contemporáneos*, México, vol. 4, núm. 13.  
 Voltaire (1997), *Cándido*, México, Porrúa.